

Justin L. Peyton, ex cristiano, Estados Unidos



Mi nombre es Justin Peyton y tengo 29 años de edad, soy un afroamericano de Filadelfia, Pennsylvania. Crecí en un amoroso hogar de clase media con mis dos padres y tres hermanos.

Al crecer, mi familia y yo nos identificamos como cristianos, pero nunca fuimos miembros de una iglesia ni asistíamos a los servicios dominicales ni otras actividades. El alcance de la expresión religiosa en nuestra casa era celebrar la Navidad.

Sin embargo, mis padres establecieron límites definitivos para la buena conducta y el buen carácter a los que yo debía apegarme. Dado el estado del matrimonio y la familia en la sociedad estadounidense actual, le agradezco a Dios por esta bendición.

Además, el interés de mis padres en las historias y culturas de otras regiones del mundo, creó un ambiente de tolerancia general, respeto y admiración por personas cuyas costumbres y creencias eran diferentes de las nuestras. Estos factores contribuirían en gran medida a mi futura aceptación del Islam.

Si tuviera que identificar un evento específico como el punto de inicio de mi viaje hacia el Islam, tendrían que ser los eventos trágicos del 9/11. Después de meses de ver la poca halagüeña cobertura mediática respecto al Islam y a los musulmanes, se me ocurrió que el retrato negativo que estaban pintando no coincidía con las experiencias que había vivido con musulmanes que había tenido por compañeros, vecinos y otros, mientras crecía en Filadelfia.

También se me ocurrió que, a pesar de conocer musulmanes, en realidad nunca me había molestado en tomarme el tiempo de aprender acerca de su fe.

Entonces, con la mente abierta que me inculcaron mis padres, decidí investigar algunos hechos sobre el Islam a fin de reconciliar la aparente disparidad entre mis experiencias personales y la cobertura mediática.

Siendo en aquella época un estudiante de colegio, el primer lugar donde fui a buscar información fue la Internet, y eventualmente encontré un sitio web que estaba dirigido principalmente a los no musulmanes.

En el transcurso de varios meses, progresé de leer artículos introductorios sobre las creencias y prácticas básicas de los musulmanes, a otros sobre temas más profundos respecto a la creencia en Dios, Sus profetas, Sus libros, el Día final, etcétera, a la vez que leía sobre prácticas como la oración, el ayuno, el *Hayy*, y demás.

El sitio también tenía artículos sobre el lugar de la familia y el matrimonio en el Islam, así como historias de conversos como esta.

Estimulado a aprender más, fui a una librería local, compré una copia del Corán y comencé a leerlo. Podría escribir muchas páginas enumerando cuál fue la información que más me impactó y por qué, pero es suficiente decir que todo lo que leí tenía sentido intrínseco para mí.

Después de unos cuantos meses, decidí que leer y aprender sobre el Islam por cuenta propia no era suficiente, así que busqué alguna mezquita cercana.

Me puse en contacto con la mezquita más cercana, que estaba a unos 72 kilómetros de distancia, hablé con su presidente y conseguí una cita para visitarlos y discutir sobre Islam con musulmanes locales.

El día señalado, me presenté y pasé mucho tiempo hablando con un hermano muy útil. Sin saberlo, la información que me compartía impregnaba mi corazón.

Durante mi segunda visita, a finales del verano de 2002, me di cuenta de que el Islam es la verdad, así que en ese mismo momento y lugar, di mi testimonio de fe y pasé el resto del fin de semana en la mezquita aprendiendo lo necesario para realizar las oraciones rituales por mi propia cuenta cuando volviera al colegio.

Esa comunidad fue maravillosa, y si me hubiera quedado en la vecindad, estoy seguro que habría recibido mucho apoyo para adaptarme a mi vida como nuevo musulmán. Pero no fue así.

Antes de los eventos del 9/11, había desarrollado un interés en el ejército y mantuve conversaciones con reclutadores de fuerzas armadas locales, al mismo tiempo que mi exploración del Islam que me llevó a la conversión.

Dentro de los dos primeros meses después de aceptar el Islam, también firmé los papeles para unirme a la Infantería de Marina, y ese invierno, después de mi graduación, salí al campo de entrenamiento.

Mirando atrás hacia esa parte de mi vida, estoy agradecido por las habilidades que obtuve y las experiencias durante el transcurso de mi servicio. Pero en retrospectiva, el tiempo entre estos dos eventos estuvo lejos de ser ideal.

Me di cuenta de que como nuevo musulmán, la naturaleza de la vida militar no era propicia para ayudarme a encontrar mi rumbo en esta religión. Por ejemplo, el ritmo y el calendario del entrenamiento básico me hacían muy difícil, si no imposible, cumplir con principios básicos como rezar las oraciones en su tiempo establecido o ayunar en Ramadán.

Incluso después de terminar el entrenamiento, fui asignado a un área de los Estados Unidos sin comunidad musulmana, lo que me impidió desarrollar mi fe. No fue hasta cuando llevaba unos tres años de servicio que conocí a otro musulmán practicante miembro del servicio, quien fue capaz de enseñarme acerca del Islam y de cómo llevar la vida militar como musulmán. Que Dios lo recompense por sus esfuerzos.

Después de completar mi servicio militar en el verano de 2007, regresé a Filadelfia y me hice miembro activo de una mezquita local, y fui bendecido con un trabajo que obtuve en el capítulo del Consejo de Relaciones Americano-Islámicas (CAIR), una organización de derechos civiles sin ánimo de lucro y para la defensa de los musulmanes.

Los dos años que pasé como parte de la comunidad musulmana de Filadelfia y como empleado de CAIR-PA, fueron una experiencia de aprendizaje tremenda que realmente estimuló mi desarrollo y abrió mi apetito por más.

Y eso me lleva a donde estoy ahora, un estudiante de difusión del Islam en el Seminario Hartford en Connecticut, con intenciones de seguir estudios de maestría en Artes en estudios islámicos, relaciones entre cristianos y musulmanes, y un curso para ser líder de comunidades musulmanas.